

lar de la casta militar contra los extranjeros; era creencia general que arrojaría á estos de Egipto ó, por lo menos, que los tendría fuertemente á raya; pero las esperanzas concebidas al ver que levantaba el «campamento» de Bubastis quedaron desvanecidas cuando se supo que trasladaba á los mercenarios jonios y carios desde allí á Menfis, para asegurar de esta suerte la posesion de la mas importante ciudad egipcia. Limitó la libertad de accion de los comerciantes extranjeros é hizo desaparecer las factorías que estos habian fundado en distintos lugares; pero en cambio cedió á los griegos un territorio en el brazo occidental del Nilo, pocas millas distante de Sais, donde pudieron adquirir terrenos y fundar una ciudad al estilo griego. Así nació Naucratis, «la poderosa navegadora,» que en lo sucesivo fué el único centro del comercio griego en Egipto (1) y el único punto donde podian desembarcar sus géneros los buques mercantes. «Si alguno llegaba á cualquier otra de las desembocaduras del Nilo tenia que jurar que no arribaba á ella voluntariamente y dirigirse con su barco hácia la desembocadura Canópica. En el caso de que los vientos no permitieran volverse atrás, los géneros debian ser conducidos en lanchas hasta Naucratis, dando para ello la vuelta á todo el delta.» La ciudad desplegó muy pronto una vida rica y exuberante y consiguió rápido florecimiento; su carácter era exclusivamente helénico; así es que entre los muchos objetos sacados de sus ruinas, apenas se ha encontrado uno que llevara impreso el sello egipcio. La influencia egipcia solo aparece en contados objetos de arte, tales como figuras de negros y un modelo de casa. La constitucion de la ciudad era una copia de las que regían en las ciudades jónicas. Un canal construido en la parte Oeste de la poblacion permitia la comunicacion directa con Menfis y con el Alto Egipto. De todos los lugares griegos que traficaban con Egipto juntáronse allí comerciantes, como de las ciudades jónicas de Chio, Teos, Focea y Clazomene, de las dóricas Rodas, Gnido y Halicarnaso, de la faselis licia y de la eolia Mitilene, constituyendo un gran distrito sagrado circundado por gruesos muros de ladrillo que encerraba los templos, un gran almacen y de seguro tambien un recinto para mercado y otro para asamblea, que al propio tiempo podia servir de defensa. Las ciudades mas importantes de cuantas comerciaban con Egipto, tales como Egina, Mileto y Samos, tenian cada una su distrito especial consagrado á sus principales divinidades. Mileto era la que mas interés tenia por Naucratis, y por eso una version popular considera despues á esta ciudad como una simple colonia milesia.

A pesar de todas las limitaciones externas, es indudable, y así lo comprendieron los mismos griegos, que Amasis les dió mucho mas de lo que les habia quitado, debido esto á la conviccion que tenia de que no podia prescindir de los guerre-

(1) Los restos de la ciudad, hoy monton de escombros conocido con el nombre de Nebire, fueron descubiertos por F. Petrie, por encargo de la *Egypt Exploration Fund*, siendo por él publicados los admirables resultados de las excavaciones hasta entonces llevadas á cabo (*Naucratis, part. I*. Londres, 1886). Viendo que en las últimas capas de tierra se encontraban escarabajos de los primeros soberanos de la vigésima sexta dinastía y que, en cambio, no parecia uno solo de Amasis, creyó que Naucratis habia sido fundada por los griegos en 650 y quizás antes. Los argumentos que en pro de esta version aducen otros autores y en primer término Basenscherben no son convincentes y me parece que G. Hirschfeld (*La fundacion de Naucratis*, Museo Rhiniano, XLII, 209) ha demostrado no existir razon alguna para dudar de los datos concretos de Herodoto. Es, sí, probable que antes existió allí alguna factoría. — Naucratis, como todas las colonias griegas, tiene su leyenda de fundacion, que Apolonio de Rodas trató poéticamente en el siglo tercero: Ateneo, VII, 283, No puede asegurarse si Policharmo de Naucratis afirma en su escrito sobre Afrodita (Ateneo, XV, 675) que la ciudad existía realmente en la vigésima tercera Olimpiada (688 antes de J. C.) ó si hubo en ello error de escritura; de todas maneras lo que refiere no es historia sino leyenda.

ros y de los comerciantes helenos. Este proceder disgustó en extremo á los egipcios: en los fragmentos de un documento demótico del tiempo de los Tolomeos que suele calificarse de crónica, por mas que no contenga una narracion coherente, se echa en cara á Amasis el haber despojado de sus rentas á los templos de Menfis, Heliópolis y Bubastis y de una parte de su territorio á Sais para pagar con todo ello á los mercenarios. Este despojo de que fueron víctimas los sacerdotes ó los dioses se calculaba en 60,532 y $\frac{1}{2}$ pedazos de plata, amén de muchos granos, terrenos, etc. (2). Es un hecho tan característico como perfectamente explicable el de haber Amasis destinado á objetos mas prácticos una parte de las cuantiosas sumas que anualmente se aplicaban á las necesidades religiosas, lo cual no impidió naturalmente que construyera magníficos edificios consagrados á los dioses en Sais, en Menfis y en otros lugares.

Tambien en el exterior solicitó Amasis la alianza de todos los Estados griegos, manteniendo amistosas relaciones con Polícrates de Samos, el soberano mas poderoso del mar Egeo, y con Cirene, de donde procedia una griega llamada Laodicea que figuraba en su harem. Con el reino lidio, cuyas relaciones con los griegos eran aun mas íntimas, subsistió la antigua amistad anudada por Psammético y Giges: los intereses de Lidia y los de Egipto eran idénticos. Amasis regaló una magnífica cota de armas á los espartanos, que entonces empezaban á adquirir importancia; hizo ricos presentes á los templos de Cirene, Samos y Lindos, y cuando un incendio destruyó en 548 el templo de Delfos, contribuyó á los gastos de su reconstruccion. Es evidente que con todo ello procuraba granjearse entre los griegos un firme apoyo de su poderío. Hasta en esto vemos cómo se abre paso el estado de cosas del tiempo de los Tolomeos, durante el cual Egipto fué en primera línea una potencia marítima y tendió á enseñorearse del Mediterráneo oriental y á encadenarlo á sus destinos por medio de beneficios perfectamente calculados.

Ya se comprenderá que Amasis gozó de gran popularidad entre los griegos, que por espacio de mucho tiempo conservaron de él grata memoria; desde el primer momento figuró entre los hombres mas célebres por su perspicacia y experiencia que se agrupaban alrededor de Solon, Creso y los Siete sabios, y de los cuales se decia que mantenian entre sí amistosas relaciones personales.

CAPITULO VI

DOMINACION DE LOS PERSAS

Mientras vivió Nabucodonosor (604-562), la amistad que la lucha contra Asiria habia engendrado entre Babilonia y Media subsistió, si no completamente, por lo menos sin abiertos rompimientos. Lidia y Cilicia habian entrado en 585 á formar parte de la alianza, y desde el año 568 vivian en paz Egipto y Babilonia. Parecia que en el seno del mundo civilizado oriental se iba estableciendo un estado de tranquilidad permanente, una nivelacion entre las distintas potencias. La muerte de Nabucodonosor en nada alteró esta situacion ni estalló la guerra entre Media y Babilonia, que con tanto afán esperaban los profetas judíos.

Pero en el año 550 el poderoso imperio medo se vió de repente destruido: uno de sus príncipes vasallos, Ciro de Persia, empuñó las armas contra el rey Astiages, le hizo prisionero y se apoderó de su capital Ecbatana. El imperio persa pasó á ocupar en la historia el puesto que hasta entonces habia correspondido á los medos.

(2) Revillout: *Revue Egypt.*, tomo I, pág. 59; tomo III, pág. 105.

Este suceso cambió por completo la faz del mundo. Ciro era un príncipe ganoso de hazañas, y el pueblo persa, un pueblo casi virgen, ansioso de luchar y de vencer y entusiasmado por una doctrina religiosa pura. Los tratados firmados por los reyes medos no fueron bastantes á contener á Ciro; el temor á sus ulteriores empresas, el deseo de conservar incólume el antiguo estado de cosas, y quizás tambien el afán por ensanchar sus propios reinos, hicieron que se unieran todas las potencias contra él, formando, en 547, Creso de Lidia, Nabonedo de Babilonia y Amasis de Egipto una coalicion, de la que formó asimismo parte el Estado espartano. Creso rompió las hostilidades en la primavera del año 546.

Las cosas, sin embargo, tomaron un sesgo muy distinto del que la coalicion se habia imaginado: en efecto, antes de que llegaran los contingentes de los aliados — el dato de Jenofonto de que Creso dispuso de tropas auxiliares egipcias que luego Ciro estableció en la Eólida, parece fundado en un error, — Creso fué derrotado, encerrado en Sardes y hecho prisionero. Una sola campaña habia bastado para destruir su reino y ponerlo bajo la soberanía de los persas.

Muy escasas son las noticias que tenemos acerca de los acontecimientos políticos que posteriormente acaecieron; esto no obstante, creemos fuera de toda duda que Amasis intentó, por lo menos, defender á Babilonia, aunque con muy poco éxito. A fines de 539 Babilonia cayó en poder de Ciro, y en los años siguientes el rey persa completó la sumision de Asia desde el Mediterráneo al Indo y á las llanuras del Turan. Egipto quedó aislado, no dudando nadie de que tambien á él le llegaria su vez. Muerto Ciro en la lucha contra los nómadas del Turan (529), su hijo Cambises apercibiéndose para la conquista de Egipto; esto no obstante, la suerte fué fiel á Amasis hasta sus últimos momentos, pues murió en 525 despues de cuarenta y cuatro años de reinado y antes de que comenzara el ataque de los persas, no sin llevarse á la tumba grandes temores por la suerte que á su hijo Psammético III (en Herodoto Psammenito) le estaba deparada.

Entretanto avanzaba Cambises al frente de un formidable ejército. Desde que Fenicia y el Asia Menor griega obedecian á los persas, los egipcios habian dejado de ser los soberanos del mar. Una numerosa escuadra protegía el avance de los persas, y hasta los príncipes de Chipre y Polícrates de Samos (1) se habian pasado oportunamente al campo de Cambises. Un fugitivo griego, Phanes de Halicarnaso, que con grandes trabajos se habia librado en Licia de los perseguidores que en busca suya habia enviado Amasis, se puso al frente del ejército mientras los árabes de la península del Sinaí atendian, como en tiempo de Assarhaddon, al servicio del agua y de los camellos. Sin contratiempo alguno se realizó la marcha por la costa al través del desierto. El ejército egipcio esperaba el ataque en Pelusio: los mercenarios, que habian tomado de Phanes cruel venganza asesinando ante sus ojos á sus hijos, sentian verdadero furor por pelear. Pero trabada la batalla, los egipcios fueron completamente derrotados, patentizándose de nuevo que sus fuerzas militares, á pesar de los auxilios extranjeros, no estaban á la altura del ejército asiático (2). Psammético III quiso sostenerse en Menfis, pero despues de una corta resistencia tuvo que rendirse esta populosa ciudad.

(1) Con este hecho se enlaza la conocida narracion griega que supone que Amasis, indignado por la eterna fortuna del tirano, que hacia prever una espantosa catástrofe, retiró á éste su amistad. Esta narracion ha sido tergiversada por Diodoro (I, 95) de una manera muy característica para la posterior historia griega, suponiendo que Amasis se enfureció contra Polícrates por la crueldad con que éste trataba á sus vasallos.

(2) Segun Ctesias, que llama al último rey de Egipto Amyrteo, el poderoso eunuco de éste, Kombaphes, entregó á los persas los puentes y las posesiones de los egipcios, accion que le valió ser nombrado por Cambises sátrapa de Egipto.

Herodoto refiere que sufrió un terrible castigo por haber los menfitas atacado y asesinado á la tripulacion de un barco de Mitilene que iba á proponerles la capitulacion. Psammético, á quien en un principio se prodigó un esmerado trato, fué luego ejecutado por haber querido promover un nuevo levantamiento; segun Ctesias, el último rey de Egipto fué internado en Susa con 6,000 de sus compatriotas que pudo libremente escoger. Si hemos de juzgar por el modo de proceder usual de los persas, que respetaban y perdonaban á los adversarios de su misma categoría, debemos considerar como mas verídica esta última version.

El imperio de los Faraones sucumbió, pues, sin gloria en el verano del año 525 antes de J. C. Los persas no encontraron ya resistencia alguna en Egipto, sometiéndoseles espontáneamente apenas tuvieron noticia de la catástrofe los libios, los griegos de Cirene y de Barka y los oasis. Una expedicion que desde el gran oasis y al través del desierto envió Cambises al Amonium de Siwa fué, al parecer, sepultada por la arena, y en cuanto á la que el rey persa proyectaba contra Cartago, hubo de renunciar á ella porque los fenicios se negaron á prestar sus contingentes para combatir contra sus compatriotas. En cambio organizó una contra el reino etíope (524) que, segun la relacion egipcia inserta en Herodoto, fué completamente infructuosa; pero este mismo autor griego dice en otro lugar que Cambises sometió á los etíopes de las fronteras egipcias, sabiéndose, además, que en tiempo de Darío estos pueblos daban sus contingentes á los persas y les pagaban cada dos años un tributo consistente en dos medidas de oro en bruto, doscientas vigas de ébano, veinte colmillos de elefante y cinco esclavos. Es mas, el mismo Darío llama vasallos suyos á los kuschitas, y un pueblo situado entre la segunda y la tercera catarata lleva aun en tiempo de los romanos el nombre de «mercado de Cambises». El rey persa avanzó probablemente hasta Napata, renunciando á proseguir su marcha al través del desierto por las pérdidas que el intento le habia ocasionado. La narracion de posteriores autores griegos que suponen que Cambises fundó á Meroe, dándole el nombre de su hermana, es pura fábula; lo posible es que su campaña contribuyera á que se trasladara á Meroe el centro del reino etíope.

Del mismo modo que Ciro en Babilonia, presentóse Cambises en Egipto como sucesor de los reyes indígenas: apropióse los títulos de estos con todos los indispensables calificativos, purificó el templo de la Neit de Sais, lanzando á los extranjeros que en él habian penetrado, devolvióle sus fundaciones y rindió personalmente homenaje á la diosa, todo lo cual no impidió que con el botín fueran llevadas á Persia muchas imágenes de divinidades. Tampoco es muy inverosímil que Cambises al visitar los templos hiciera burla — segun refieren los egipcios — de la religion egipcia, que debia de parecer á los persas extraña é indigna, y que diera muerte, sea llevado de su cólera, sea para probar adónde llegaba su divinidad, al buey Apis, que fué enterrado en 524. Los egipcios pintan á Cambises como un tirano demente y rechazado por los dioses y cuentan de él que descargó su cólera sobre el mismo cadáver de Amasis, cosa á que difícilmente puede darse crédito (3). Mas tambien las tradiciones persas nos hablan de las salvajes borracheras de Cambises y de las terribles explosiones de su cólera. Cierto que el retrato que la tradicion nos hace del soberano persa peca de alguna exageracion, pero en el fondo es exacto ó por lo menos así parece deducirse de la confrontacion de las distintas narraciones.

No es de nuestra incumbencia examinar la suerte que pos-

(3) Las posteriores generaciones se acostumbraron á atribuir á Cambises la destruccion de todos los edificios que las guerras ó el tiempo habian convertido en ruinas.

teriormente cupo al imperio persa. Cambises, que á principios del año 522 tuvo que volver á su patria para sofocar la rebelion del falso Esmerdis, falleció en Siria. Despues de muchas luchas y desórdenes, Darío, hijo de Histaspes, logró arrebatar la corona al usurpador y dominar las sublevaciones que en todas las provincias orientales habian estallado, incluso la que despues intentó Ariandes, el sátrapa de Egipto.

Darío es el organizador del reino persa y el Egipto le debe tambien su organizacion; fijó en 700 talentos (unas 5.250.000 pesetas) el tributo de la provincia egipcia, de la que tambien formaban parte Libia y Cirene, cantidad á la que se agregaban, además, los cuantiosos productos de la pesca en el Fayum. Para tener seguro al país se puso en la ciudadela de Menfis, llamada «la muralla blanca», una fuerte guarnicion, cuya manutencion corria á cargo de la ciudad; lo mismo se hizo en las fortalezas fronterizas de Elefantina, Marea y Dafne, que se encontraron, por consiguiente, como en tiempo de los Saftas. A fin de asegurar las comunicaciones con Asia colocóse á lo largo del camino de la costa que conducia á Palestina una serie de cántaros de agua; Herodoto dice que para ello se confiscaron y colocaron en la frontera oriental todos los cántaros en que se importaba el vino de Grecia y de Fenicia. Ya hemos dicho que Darío llevó, además, á cabo la obra grandiosa de poner en comunicacion el valle del Nilo con el mar Rojo, existiendo todavía en tres distintos puntos del canal restos de las piedras conmemorativas en las cuales parte de su perpetuó su nombre y su obra por medio de inscripciones cuneiformes persas, súsicas y babilónicas y de jeroglíficos que entre otras cosas decian: «He mandado construir este canal desde el rio Pirava (el Nilo) que corre en Egipto hasta el mar que viene de Persia.» Tambien se encontró en estas piedras la imágen del rey (1). Estos monumentos son una prueba evidente de la grandiosidad con que Darío realizó la mision que su elevada posicion le imponia.

Darío procuró captarse las simpatías de los egipcios portándose afablemente con ellos, pues si bien el gobernador del país y los comandantes de las tropas pertenecian á la nacion dominante, y muchos empleos estaban desempeñados en Egipto por los persas, algunos de los cuales eternizaron sus nombres en las canteras de Hammamat, en cambio un gran número de egipcios estaba ocupado en la administracion pública ó en el ejército, siendo algunos de ellos descendientes de antiguas familias, por ejemplo el arquitecto mayor Chnumabre, cuyo árbol genealógico arrancaba de los tiempos de Ramesces II. El sumo sacerdote de Sais, Uzahor (2), que habia sido nombrado por Darío, de cuyo favor gozaba, fué llamado á Elam (Susa) por el soberano, quien al despedirle le dió amplios poderes para reconstruir el derruido colegio de los hierogramáticos, la «Casa de la vida», mision que recuerda la que Artajerjes I confió á Esdras por análogos motivos. Tambien entonces se atendió equitativamente al sostenimiento del

(1) V. Justi: *Historia de Persia*. Oppert cree que las palabras últimas de la inscripcion demuestran que el mismo Darío hizo luego destruir el canal; pero hay que tener en cuenta que la palabra decisiva solo él la completa, siendo la explicacion que da altamente inverosímil. Los monumentos son, mas bien, una prueba clara de que el canal fué terminado y utilizado, y así lo confirma Herodoto, II, 158, y IV, 39, de cuyos datos se desprende que esta obra se conservaba todavía en buen uso en su tiempo (440). — Los fragmentos de la inscripcion jeroglífica, que además contiene una lista de los pueblos sometidos á los persas, han sido publicados por Maspero en el *Recueil de Travaux*, vol. VII. Desgraciadamente son muy pocos los fragmentos que se han conservado de esta importante inscripcion que consignaba los mandatos del rey y su ejecucion. Entre los conservados se lee: «Nunca se hizo cosa igual,» «llegaron á Persia» (indudablemente embarcados desde el valle del Nilo), etc.

(2) El nombre lleva un apéndice cuya pronunciacion es incierta. La mejor traducccion de su inscripcion interesante la ha hecho Revillout: *Revue Egypt.*, tomo I, pág. 72.

sacerdocio, pero no es probable que se le conservara la exencion de tributos de que antes habia disfrutado. De aquí que en la tradicion egipcia sea designado Darío como el último de los grandes legisladores que enmendó las crueldades cometidas por Cambises é imitó á los antiguos Faraones (Diodoro, I, 95). Refiere una anécdota que cuando los egipcios se sublevaron (?) contra Ariandes, Darío se conquistó sus simpatías ofreciendo un premio de cien talentos al que encontrara un nuevo buey Apis, pues el antiguo habia muerto (3). Tambien fueron objeto de sus cuidados las viviendas de los dioses, mandando construir templos en Edfú y en Menfis y un santuario en el gran oasis de Amon, en cuyas paredes se reprodujeron los himnos laudatorios en honor de este dios, en otro tiempo omnipotente, himnos que ya conocemos del Nuevo imperio.

Los persas exigieron de los egipcios, es decir de la casta de guerreros y de la escuadra, contingentes para la guerra, como exigian de todos sus demás súbditos. En cambio, en la nueva organizacion no tuvo entrada el cuerpo de mercenarios saftas, tal como hasta entonces venia subsistiendo, siendo de lamentar que no sepamos qué se hizo de él, aunque es de suponer que en su mayor parte entraran sus soldados al servicio de los persas, tanto mas cuanto que su propia patria era á la sazón fiel vasalla del gran rey, agregándose algunos á la guarnicion de Menfis. Los hallazgos que se realizan demuestran claramente que Naucratis perdió mucha parte de su prosperidad durante la dominacion persa, á lo cual contribuyó poderosamente, á mas del cambio político, el hecho de haber los persas entregado el comercio de todo Egipto á comerciantes extranjeros (Herodoto, II, 179).

El nuevo órden de cosas parecia sólidamente asegurado en Egipto. Ya se comprenderá que una gran parte de la poblacion, y especialmente del clero, se reconcilió con la dominacion extranjera; para ellos apenas habia variado la situacion de cómo era en tiempo de Psammético y de Amasis. Uzahor consigna con verdadera fruicion en su inscripcion funeraria la consideracion que le dispensaba el señor del mundo y las obras piadosas que por encargo suyo llevó á cabo. Iguales amistosas relaciones existieron entre el sacerdocio judío y los grandes reyes, quienes daban mayor libertad que los antiguos reyes indígenas á la realizacion de las ideas teocráticas y con bien calculada política concedian á los sacerdotes mas consideracion de la que en tiempo de aquellos habian gozado. Para justificar la legitimidad que á los soberanos persas faltaba, sentóse la afirmacion de que Cambises era hijo de Ciro y de Nitetis, hija de Apries, el último Faraon legítimo (4).

Mas además de los sumisos habia egipcios exaltados que no querian oír hablar de reconciliacion con los extranjeros y que soñaban con el restablecimiento del imperio del Ra. Su cedia entonces en Egipto lo que sucedió muchos siglos despues en Polonia, durante el bondadoso régimen de Alejandro I, siendo indudable que la afabilidad y la prudencia del gobierno dieron lugar á la rebelion. Las raíces de esta, sin embargo, no estaban en el partido nacional propiamente dicho, sino en aquella parte de la poblacion egipcia que mas habia salido perdiendo con el cambio, es decir, en la mayoría de la poblacion libia del delta occidental. De aquí salieron todas las sublevaciones contra los persas, pues el Alto Egipto desempeñó entonces como en tiempo de Tefnacht y de Psammético, un papel puramente pasivo en las tentativas que á la

(3) Polieno, VII, II, 7.

(4) Herodoto, III, 2. Deinon, f. 11. Lo que Herodoto y Ctesias, f. 37, dan como version persa — que no Ciro sino Cambises pidió la mano de una hija de Amasis, el cual en lugar de ella le envió la de Apries, por lo que indignado aquel empezó la guerra — no es mas que una desdichada rectificacion de esta fábula egipcia.

sazon se hicieron para restablecer el imperio de los Faraones. No podia ser dudoso el resultado, pero no por esto hemos de negar nuestra admiracion á aquellos hombres valerosos y amantes de la libertad, que no cesaban de apelar á las armas. Desde el punto de vista histórico estas luchas solo tienen importancia en cuanto constituyen un episodio de la contienda entre Persia y Grecia y en cuanto contribuyeron á debilitar el poderío asiático. Por esta razon hemos de limitarnos á trazar de ellas un ligerísimo bosquejo.

El primer levantamiento ocurrió en 487, poco despues de la batalla de Marathon. Los sublevados expulsaron del país á los persas y dieron á Chabbasch el título de rey. Este para asegurar el territorio intentó proteger las costas del delta, «visitó el país pantanoso é inspeccionó todos los brazos del Nilo que desembocaban en el mar para evitar que la escuadra asiática llevara tropas á Egipto.» En esta ocasion hizo una donacion de terrenos á los dioses de Buto (1). En el segundo año de su gobierno fué enterrado en Menfis un buey Apis. Su reinado fué, sin embargo, de corta duracion, pues Jerjes, que entretanto habia sucedido á su padre, sofocó en 484, al parecer sin gran dificultad, la rebelion y nombró sátrapa á su hermano Aquemenes. Pero entonces el régimen fué mucho mas duro: «Jerjes esclavizó á Egipto mucho mas que Darío,» dice Herodoto, cesando el respeto que á la religion egipcia se habia dispensado y derogándose la donacion hecha al templo de Buto (2); además, ninguno de los posteriores reyes persas hizo construir templo alguno, y únicamente el santuario de Amon del gran oasis fué terminado en tiempo de Darío II (424 404).

Durante el gobierno de Aquemenes hubo 20 años de tranquilidad, pasados los cuales levantóse en el lejano Oeste, en Marea, el dinasta libio Inaros, hijo de Psammético y quizás descendiente de la dinastía saítica. Derrotado y muerto Aquemenes en la batalla que se trabó junto á Papremis (460 antes de J. C.), tomó esta sublevacion mayores proporciones que las anteriores, pasando á Egipto los atenienses, que con redoblada energía reanudaban entonces la guerra contra los persas y que acababan de enviar á la conquista de Chipre una escuadra de 200 embarcaciones. Con este refuerzo conquistó Inaros la mayor parte del país inclusa Menfis, á cuya ciudadela, refugio de los persas y de sus partidarios (3), pusieron cerco los rebeldes. La empresa parecia en su parte esencial terminada; pero los atenienses no estaban á la altura que se requeria para perseverar en ella, pues las guerras simultáneas con Esparta, Corinto y los beocios exigian la atencion de la principal parte de sus fuerzas. Por tanto, en 456 el general persa Megabiso logró sentar de nuevo su firme planta en Egipto y hacer levantar el sitio de Menfis, siendo poco á poco los atenienses y los rebeldes acorralados en el delta occidental y por último sitiados por espacio de año y medio en la isla de Prosopis hasta que los persas, despues de haber secado un canal, penetraron en ella y aniquilaron al enemigo. Una escuadra ateniense que llegó demasiado tarde para libertar á los sitiados, fué apresada por los fenicios (454). Inaros, que se habia entregado bajo palabra de que se le respetaria la vida, fué á pesar de ello clavado en una cruz; en cambio, su hijo Tanirás obtuvo del rey persa, Artajerjes I, el principado de su padre.

(1) Estos datos proceden de una inscripcion del primer Tolomeo, que en 311 renovó la donacion.

(2) En castigo de esto, dice la relacion oficial del tiempo de Tolomeo, el gran dios Horo «arrojó á Jerjes y á su hijo mayor de su palacio.» Sabido es, en efecto, que en 465 fueron asesinados por Artabano, Jerjes y su hijo Darío.

(3) Entre ellos figuraba probablemente el sacerdote de Hipponon Samtaui-Tefnacht, cuya piedra funeraria se encuentra en Nápoles. Véase Krall: *Revista Egipcia*, 1878, 6.

Dominada en su principal parte la rebelion, sosteníase todavía en los pantanos del delta occidental un compañero de Inaros llamado Amirteo, de quien dice Herodoto que vivió en la isla que en otro tiempo habia servido de asilo á Anisis. Cuando en 450 Cimon emprendió la última expedicion armada contra Chipre, envió tambien 60 buques á Amirteo; ignoramos cuál fué la suerte que á éste cupo y solo sabemos que los persas dejaron á su hijo Pausiris la posesion del patrimonio paterno. Segun parece, sostuviéronse semi-independientes durante el período que á esto siguió algunos dinastas del delta septentrional en la frontera libia, reanudando las antiguas relaciones con Atenas (4); pero no hubo grandes luchas, pues en 449 Atenas firmó un convenio con los persas por el cual quedaron perfectamente deslindados los límites de sus respectivos dominios.

El imperio persa, entretanto, iba decayendo mas cada dia; dormido el poder central, los gobernadores de las provincias se iban rebelando uno tras otro y el vastísimo imperio amenazaba desplomarse en ruinas. Ya se comprenderá que, así las cosas, no podia faltar una sublevacion en Egipto. Manethon hace datar del año 404, año de la muerte de Darío, el origen de una nueva dinastía de Sais que solo estuvo representada por Amirteo, descendiente quizás del antes citado soberano. Los griegos no hacen mencion de él, pero hablan de un rey egipcio, Psammético, que reinó en el año 400 y á quien se designa como descendiente del Psammético antiguo (5). No sabemos qué relacion de parentesco existió entre ellos; los ulteriores acontecimientos nos demuestran que en el Bajo Egipto surgieron, como en otro tiempo, muchos pequeños dinastas que se combatieron mutuamente en vez de anuar sus fuerzas contra el enemigo del país. Psammético, lo propio que Amirteo, no pudo sostenerse en el poder y en el año 398 fué destronado por Nefereo (Neferites I, en egipcio Nefarud), el fundador de la vigésima novena dinastía, oriunda de Mendes. El principal apoyo de los nuevos Faraones eran, como antiguamente, los mercenarios griegos y las tropas libias. Nefereo y su sucesor Hakoris entablaron relaciones con todos los enemigos del gran rey, á fin de poder resistir mejor á los persas, apoyando en su consecuencia á los lacedemonios en sus campañas en Asia por medio de remesas de víveres y aliándose con los pisidios, con Euagoras de Chipre y con los sátrapas rebeldes. Terminada la guerra con Esparta en virtud de la paz de Antálcidas (387), Artajerjes II envió un poderoso ejército mandado por Farnabazo, Titraustes é Ificrates á Egipto, donde entretanto habian sucedido á Hakoris varios efímeros pretendientes hasta que ocupó el trono Nectanebo I (en egipcio Nectharheb), fundador de la trigésima dinastía sebennítica. Los persas penetraron en Egipto, pero nada pudieron conseguir por causa así de la resistencia de los egipcios como de las discordias é ineptitud de sus propios caudillos, de modo que la expedicion fracasó por completo (380).

Con esto pudo Egipto gozar de algunos años de tranquilidad, y por eso en muchos templos egipcios, en el gran oasis y en el Amonium de Siwa (6) encontramos reproducido el nombre de Nectharheb. En 362 estalló de nuevo la guerra

(4) Filocoero, f. 90. Plutarco, *Per.*, 37. Véase Diodoro, XIII, 46. Tucídides, VIII, 35.

(5) Diodoro, XIV, 35. No es este lugar á propósito para analizar las dificultades cronológicas de esta época. Por regla general tengo por verídicos los datos del Africano. Los reyes de este tiempo y algunos acontecimientos de su reinado aparecen mencionados en la segunda parte de la llamada Crónica demótica (Revillout: *Revue Egypt.*, vol. I y II), comentario bastante oscuro de profecías mas oscuras todavía del tiempo de los Tolomeos.

(6) De todos sus antecesores el que mas veces aparece nombrado es Hakoris, que fué tambien el que gobernó mas tiempo.